

Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la conquista de Chile.

POR

TOMAS THAYER OJEDA

(*Continuacion*)

En todo caso el plan no favorece a Caupolican; basado en la traicion de indios amigos, únicos que de tal modo habrian podido introducir armas ocultas, no tuvo éxito, porque los castellanos consiguieron conjurar el peligro, aun cuando luego abandonaron el fuerte amparados por las sombras de la noche para ir a refujiarse a Puren.

Vino en pos la batalla de Tucapel. Inútil seria insistir en que la descripcion que da Ercilla es del todo imajinaria: no salvó ningun español, i ningun indíjena habria sido capaz de suministrar tantos pormenores. Sin embargo, conviene llamar la atencion hacia el contraste que establece Ercilla entre Lautaro i Caupolican.

Trabada la pelea con encarnizamiento sin igual, caen uno tras otro los indíjenas; perecen tambien diez españoles hasta un momento en que:

«La rabia de la muerte i fin presente
crió en los nuestros fuerzas tan estrañas
que con deshonra i daño de la jente
pierden los araucanos la campaña:
al fin dan las espaldas; claramente
suenan voces «¡Victoria ¡España! ¡España!»
mas el incontrastable i duro hado
dió un estraño principio a lo ordenado.»

CANTO III.

En ese momento supremo deberia figurar Caupolican reanimando a sus desalentadas huestes; pero Ercilla no se atreve a arrebatar esa gloria a su verdadero dueño, a Lautaro. Lautaro «del amor de su patria conmovido» consigue con una ardiente e impetuosa alocucion devolver a los suyos el valor perdido.

Su palabra i ejemplo producen un efecto májico; los vencidos recobran sus brios i vuelven enardecidos al combate. Solo entónces entra Caupolican a la escena:

«Estaba el suelo de armas ocupado
i el desigual combate mas revuelto,
cuando Caupolican, *reportado*,
a las amigas voces habia vuelto:
TAMBIEN *habian sus jentes reparado*
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistia
a lo que tanta jente no podia.»

CANTO III.

Tenemos, pues, que mientras Ercilla levanta a Lautaro sobre los mas afamados héroes griegos i romanos, Publio Decio, Curcio, Horacio, Scévola, Leonidas, Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato, Marco Sergio, Filon i Dentalo exhibe a Caupolican entre aquellos «que con deshonra i daño de la jente» abandonaban el campo al vencedor.

I si Caupolican hubiera en realidad sido el jefe de los araucanos, sobre él caerian las candentes frases con que Lautaro, en su discurso, les enrostró su cobardía:

«¡Oh ciega jente, del temor guiada!
¿a do volveis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece i todos vuestros hechos.
La fuerza pierde hoi, jamas violada,
vuestras leyes, los fueros i derechos;
de señores, de libres, de temidos,
quedais siervos, sujetos i abatidos.
Manchais la clara estirpe i descendencia,
i enjerís en el tronco jeneroso
una incurable plaga, una dolència,
un deshonor perpetuo, ignominioso;
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento i el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre i de sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito i costumbre
que de nuestros agüelos mantenemos,
ni el araucano nombre, de la cumbre
a estado tan infame derribemos:
huid el grave hierro i servidumbre,
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostrais espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?
Fijad esto que digo en la memoria

que el torpe i ciego miedo os va turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia
vuestra sujeta patria libertando:
volved, no rehuseis tan gran victoria
que os está el hado próspero llamando:
a lo ménos firmad el pie lijero
a ver como en defensa vuestra muero.»

CANTO III.

Ahora bien ¿puede decirse de Caupolican que era «en casos de repente reportado»?

La actuacion desairada, por no decir vergonzosa, de Caupolican en Tucapel, es consecuencia lójica del conflicto que crearon a Ercilla las exijencias de la poesía i el respeto a la historia. Lautaro fué el héroe; i forzoso le era reconocerlo.

¿Quién era Lautaro, segun Ercilla?

«Un hijo de un cacique conocido
que a Valdivia de paje le servia,
acariciado dél i favorido,
en su servicio a la sazon venía.»

CANTO III.

Estas noticias son exactas. El padre de Lautaro fué, probablemente, el cacique Talcahuano, quemado en Concepcion en represalia de la muerte de Valdivia, «porque decian que habia dado mandado para que matasen al gobernador Pedro de Valdivia en Arauco, e que un hijo suyo fué CAPITAN de los indios que lo mataron» (1).

Otro testigo, Bernardino de Mella, agrega que lo quemaron «porque decian que se queria alzar la tierra o que él era el que lo andaba moviendo» (2). Alonso Galiano, que quemaron en

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XX, pág. 12. Decl. de Francisco de Gudiel; XX, 16, decl. de Lope de Landa.

(2) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XX, pág. 22.

Concepcion al cacique Talcaguano «porque se decia era público haber sido munidor de la muerte del dicho gobernador Pedro de Valdivia» (1). Finalmente, segun Antonio Lozano, «se tuvo por lengua de indios que fué el que dió la órden e aviso para que al gobernador Pedro de Valdivia e a los demas que con él fueron matasen, i éste i el dicho Talgande (cacique de Itata) se tenia informacion, asimismo, que andaban tramando la tierra para que viniesen sobre esta ciudad e los españoles que en ella habia» (2).

Lautaro habia sido, en efecto, «el capitan jeneral» (3) de los indios i «el principal en la muerte de Valdivia» (4), datos que coinciden con los del hijo de Talcaguano; habia sido yanacona i caballerizo de Valdivia (5). Lójico es suponer que a él se refieran los testigos (6).

Si a Lautaro correspondió la jefatura de los indios ¿no serian suyas tambien las dotes con que Ercilla adorna a Caupolican i los contemporáneos reconocian en Lautaro? ¿No son mas propios del vencedor de Tucapel los epítetos de hábil, diestro, fortísimo, lijero, sabio, astuto, sagaz, determinado, i en los casos de repente reportado? Mas aun ¿cómo podrian aplicarse a quien no las demostró en las horas de prueba?

Por otra parte, si es verdad que Ercilla dió a Caupolican la fisonomía moral de Lautaro, el retrato de este personaje debe carecer de nitidez en sus rasgos jenerales i aun de exactitud. En efecto, tal deficiencia existe. Dice Ercilla:

«Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término i cordura,
manso de condicion i hermoso jesto,
ni grande ni pequeño de estatura:

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XX, páj. 35.
(2) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XX, páj. 36.
(3) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XXI, páj. 174.
(4) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XXII, pájs. 113 i 118.
(5) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XXII, pájs. 249, 281 i 565.
(6) El padre Rosales en su *Historia* (tomo I, páj. 482) dice que Caupoli-

el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon i compostura,
duros los miembros, fuertes i nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.»

CANTO III.

Prescindiendo del retrato físico, análogo al de cualquier araucano bien desarrollado, tenemos un Lautaro industrioso, sabio, presto, como Caupolican tambien lo era; «de gran consejo, término i cordura», dotes que no podríamos negarle tampoco a Caupolican «varon de autoridad», «suficiencia», «astuto i sagaz», ni ménos «el ánimo en las cosas grandes puesto» a quien pretendia libertar a su pueblo del yugo español. Nada le distingue de Caupolican.

En cambio ¿cómo decir de Lautaro que era «*manso de condicion*» cuando, segun los contemporáteos, era inquieto (1), cruel (2), i «era fama ser el indio mas belicoso» (3) i que si no le mataran jamas habria habido paz en la tierra? (4).

El retrato de Lautaro es incompleto ¿cómo reconocer al indio de estraordinarias fuerzas, sin par en el valor, inexorable i cruel con el indíjena que no seguia sus banderas, tan diestro en ardides de guerra, que llevaba su arrogancia hasta hacerse llamar señoría i en quien los suyos cifraban todas sus esperanzas? Tales atributos que los españoles reconocian a Lautaro forman en el poema parte de la fisonomía moral de Caupolican (5).

can era sobrino de Talcaguano; habria sido, por consiguiente, primo de Lautaro. Este parentezco seria otra razon mas para esplicar por qué recayó en él el mando. En cuanto a la fuente probable donde pudo tomar ese dato el padre Rosales debió ser la Historia de Chile, escrita por Jerónimo de Vivar, quien se hallaba en Chile cuando el alzamiento de 1553.

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds*, tomo XXI, páj.

(2) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XXII, pájs. 249 i 503.

(3) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, tomo XXI, páj. 408.

(4) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.* tomo XXI, pájs. 141 i 154.

(5) Mas adelante, al estudiar la figura histórica de Lautaro, se comprobarán estos datos.

Pasemos por alto las incidencias de la batalla de Tucapel hasta llegar a un episodio que por su singularidad e importancia pudo ser conocido de los españoles: la muerte de Valdivia. El triste fin debió producir honda impresion entre los indios amigos que le acompañaban i su simplicidad debió permitirles relatar el suceso con bastante exactitud. Según Ercilla el desventurado conquistador pretendió con promesas recobrar su libertad i Caupolican, movido por tales palabras, se habria sentido inclinado a perdonarle la vida. Si Lautaro era el jefe, como consta, a él debe referirse el episodio, i en verdad ¿aquel acto de conmiseracion para el vencido no es mas propio de Lautaro, el acariciado i favorecido paje de Valdivia? ¿No seria esa piadosa actitud la que le valió el dictado de *manso de condicion*, que le diera Ercilla?

Terminada la batalla, Caupolican con sus soldados se retiran a celebrar la victoria con una fiesta o borrachera; miéntras Lautaro, a quien ha nombrado su teniente, marcha a combatir con los *catorce de la fama* i a destruir el fuerte de Puren.

Mas aun que en Tucapel, en la batalla de Marigüeñu la actuacion de Lautaro no es ya preponderante, sino omnímoda. Caupolican desaparece por completo. Copiemos algunos versos en apoyo de esta afirmacion:

«Esta cuesta Lautaro habia elejido
para dar la batalla.........,»

CANTO IV.

«Lautaro........
presenta la batalla en bella muestra.»

CANTO IV.

«Villagra se detiene........
por ver el órden que Lautaro tiene».

CANTO IV.

«Los correjidos bárbaros temiendo
de Lautaro el espreso mandamiento....»

CANTO V.

Aguardando el momento propicio:

«Firme estaba Lautaro sin mudarse
i cercada de jente la montaña.»

CANTO V.

En el furor de la contienda comenzó a disparar la artillería española.

«Visto Lautaro serle conveniente
quitar i deshacer aquel nublado
que lanzaba los rayos en su jente....»

CANTO V.

manda al escuadron de Leucoton arremeter contra ella.

Triunfan los araucanos tras porfiada lucha, huyen los españoles a la desbandada i llegan a Concepcion:

«Las cosas de Lautaro acrecentado»

CANTO VII.

i «cualquier sombra Lautaro les parece.»

CANTO VII.

Durante catorce dias habia aguardado Lautaro al enemigo, empleando las mas rigurosa disciplina velando el campo noche i dia i

«Si alguno de su puesto se movia
sin esperar descargo le empalaba,
i aquel que de cansado se dormia
en medio de dos picas le colgaba:

quien cortaba una espiga, allí moria,
de mas de la racion que se les daba,
con órdenes estrechas i precetos
nos tuvo como digo así sujetos.»

Canto VII.

Siguió el despueble de Concepcion por los españoles i el saqueo e incendio por las huestes lautarinas.

Entre tanto ¿qué hacia Caupolican en esos dias? Nadie lo sabe. Ercilla solo dice que ganada la victoria

«al jeneral despachan un soldado.»

Canto VII.

Despues, estando Lautaro sobre las humeantes ruinas de Concepcion, llegó un mensajero

«que por Caupolican era enviado;
i habiendo de su parte encarecido
la gran batalla, digna de memoria
las gracias le rindió de la victoria.»

Canto VIII.

Acto que requiere poquísimo heroismo.

Ordenábale ademas Caupolican su inmediato regreso al valle de Arauco, donde debia celebrarse una junta de guerra. Mui diversa es allí la conducta de Caupolican: pretende ya nada ménos que entrar en España fácilmente i sujetar al Emperador Carlos V al vasallaje de Arauco:

«La deidad de esta jente entenderemos,
i si del alto cielo cristalino
desciende, como dicen, abriremos
a puro hierro anchísimo camino;
su jénero i linaje asolaremos

que no bastará ejército divino,
ni divino poder, esfuerzo i arte
si todos nos hacemos a una parte.»

CANTO VIII.

Escucha a sus capitanes, condena a muerte i perdona a Tucapel, felicita y concede cuanto pide Lautaro i terminadas las fiestas, que duran catorce dias, marcha a la cabeza de la vanguardia sobre la Imperial. Por vez primera le entrega Ercilla el mando del ejército a Caupolican: llega a tres leguas de la Imperial dispuesto a «entrar al pueblo con armada mano» pero sorprendido por una tormenta i presas de supersticioso temor se dosorganizan sus tropas i todos huyen:

«van sin órden, lijeros como el viento;
paréceles, que de un sensible fuego
por detras las espaldas se encendian
i así con mayor ímpetu corrian.»

CANTO IX.

Trascurrieron dieciocho o veinte meses sin memoria de los hechos de Caupolican. Al fin se sabe en otra junta el repueble de Concepcion i que los comarcanos piden ausilio. Caupolican recobra su enerjía.

«Estamos (dice) con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oído,
¿i es verdad que hai cristianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruïdo?»

CANTO IX.

El caso es grave i en consecuencia promete a los emisarios:

«Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,

I sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar órden llegaremos.»

CANTO IX.

Proferidas sus amenazas, Caupolican desaparece i es Lautaro quien cae otra vez sobre Concepcion.

¿Cómo se podria esplicar, supuesto «el valor i suficiencia» de Caupolican que rehuyese su presencia en los campos de batalla? ¿Dónde está el varon de grande «ánimo dotado»? ¿Dónde el belicoso guerrero a quien la fuerza i esfuerzo le sobraban?

Preséntase Lautaro ante la repoblada ciudad: derrota a los españoles que huyen dejando dieciocho de los suyos en el campo; Concepcion es arrasada de nuevo i Lautaro, el héroe de la jornada, regresa al seno de los suyos cubierto de los laureles de la victoria.

¿I Caupolican? Pasadas las horas de peligro, reaparece ahora como reapareció despues de Tucapel i Marihueñu, a celebrar el triunfo, presidiendo las fiestas, remedo de los juegos olímpicos, organizados en honor del vencedor.

«Por juez se señaló a Caupolican,
de todos ejercicios gran maestro.»

Terminadas las fiestas, Caupolican se eclipsa, avanza en la penumbra hasta desaparecer del todo; la figura de Lautaro recobra todo su esplendor; vuelve a ser el héroe a quien Arauco entero confia sus destinos. Reunidos los caciques a deliberar

«Salieron con que al hijo de Pillano (Lautaro)
se cometiese el cargo deseado,
i el número de jente por su mano
fuese absolutamente señalado:
tal era la opinion del araucano
i tal crédito i fama habia alcanzado,

que si asolar el cielo prometiera
crédito a la promesa se le diera.

I entre la jente mas granada
fueron por él quinientos escojidos,
mozos gallardos, de la vida airada,
por mas bravos que pláticos tenidos:
i hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestos i partidos,
que escusa no bastó ni impedimento
a no exceder la copia en otros ciento».

CANTO XI.

Lautaro, en efecto, con los guerreros, escojidos por él, entre los mas belicosos de la tierra, designándolos por sus nombres uno a uno, pasó el Maule dispuesto a llevar la guerra a la capital misma, para asestar un golpe de muerte al poder español. Los pormenores de esta célebre campaña son demasiado conocidos para recordarlos ahora. Insistiremos sí en recordar la prudencia que demostró en su avance, acopiando víveres i municiones, levantando fuertes i trincheras; en la rigurosa disciplina a que sometió su ejército; en su implacable crueldad para el indíjena de paz i sobre todo en el excesivo orgullo i confianza en su propio valer que demuestran los pensamientos i palabras que le atribuye Ercilla, incompatibles i a nuestro modo de ver, con la coexistencia de otro jefe que tuviese el mando superior i la direccion de la guerra.

Así, al saber cuan pocos españoles vienen a su encuentro, esclama:

«. . . . . si no me engaño,
no deben saber que soi Lautaro,
de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamas réparo».

CANTO IX.

Como se ve, no era poca la confianza de Lautaro en su valor i suficiencia. Pero eran mucho mayores sus proyectos; en su entrevista con Márcos Veas le dice:

«Pues yo dejar de perseguiros,
segun lo juré, será escusado
hasta dentro en España he de seguiros
que así lo he prometido al gran senado».

Canto XII.

Para desistir de su propósito exije la sumision inmediata de los españoles i un tributo anual de treinta doncellas españolas.

«Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas
de quince años a veinte sin engaño».

Canto XII.

I como Veas se burlase de sus pretensiones, agrega Lautaro:

«Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tu despues haras lo que pudieres
i yo podré hacer lo que he jurado».

Canto XII.

La anticipada alegría de los suyos; el tino i habilidad de sus contrarios, desbaratan sus planes; Lautaro desconsolado, renegando de sí mismo, recobra de súbito su fiereza:

«Yo juro (dice) al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español Gobierno
i de sangre empapar toda la tierra».

Canto XII.

Renueva Lautaro la campaña i con ella se aproxima el fin de su existencia; lo presiente su fiel Guacolda i no le oculta sus angustias. Lautaro procura tranquilizarla recordando su glorioso pasado:

«¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
en su reputacion que se perdia?
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometia?
Yo soi quien de los hombros le ha quitado
el español dominio i tiranía:
mi nombre basta solo en esta tierra
sin levantar espada a hacer la guerra».

Canto XII.

Lautaro es, por consiguiente, quien tanto daño ha causado al español, quien le exije tributo i vasallaje, quien jura no solo arrojarlo de Chile sino perseguirlo hasta en la misma España; quien ahogará en sangre al español dominio; Lautaro es el libertador de su pueblo cuyo solo nombre basta para hacer la guerra. Si todo eso habia hecho o prometia hacer Lautaro ¿cuándo i dónde habia segado sus laureles Caupolican?

Recordemos su vida: triunfador en los juegos atléticos, recibe el mando del ejército; combina el ataque al fuerte de Tucapel sobre la base de sorprender a traicion i descuidados a sus defensores; abandona el campo al enemigo en Tucapel, miéntras Lautaro inclina la victoria a su favor; celebra el triunfo con la habitual *borrachera* i elije su teniente a Lautaro; le felicita i preside nuevas fiestas por la victoria de Marihueñu; marcha infructuosamente contra la Imperial; preside otra junta de guerra i luego otra fiesta en celebracion del segundo despueble de Concepcion; i desaparece despues de designar a Lautaro jefe de la espedicion que debia marchar sobre Santiago. En torno de todo aquello muchas

frases de elojios i pomposos epítetos con que Ercilla pondera la fama del héroe; pero falta en absoluto, dentro i fuera del poema, la prueba de que Caupolican se hiciera digno de tal fama i merecedor de tan profusas alabanzas.

Muerto Lautaro en la acción memorable de Mataquito, podria haber alcanzado mayor brillo la figura de Caupolican. No sucede así, sin embargo; continúa aun como héroe de ceremonias; preside luego una tercera junta de guerra para combinar nuevos planes con motivo del desembarco de don García de Mendoza en la isla Quiriquina, que acuerda usar de tretas para ganar tiempo, comenzando por enviar un embajador al nuevo Gobernador.

Bajan los españoles a tierra i levantan el fuerte de Penco; los indios por su parte resuelven atacarlos.

De nuevo todo hace presumir ahora que Caupolican a la cabeza del ejército sea el héroe de la jornada; no puede exijirse menos de su fama. Con todo, miéntras Gracolano, Pinol, Tucapel, Peteguelen, Guampicol, Surco, Longomilla i Lebopía, hacen prodijios de valor en singulares hazañas; nada permite sospechar allí la presencia de Caupolican si no es una esclamacion de Gracolano en la víspera del asalto;

«. . . . . . ¡oh gran Caupolicano!
si en algo es de estimar mi ofrecimiento
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo mas alto».

Canto XVII.

Hai fiesta i vuelve Caupolican a la escena. Preparaba su ejército Don García, i

«Caupolican tambien por otra parte,
con no ménos cuidado i providencia,
la jente de su ejército reparte
por los hombres de suerte i suficiencia:

que en el duro ejercicio i bélico arte
era de mayor prueba i esperiencia.
I todo puesto a punto quiso un dia
ver la jente i las armas que tenia.»

Desfilan sucesivamente los caciques i soldados araucanos a su turno tambien

«El gran Caupolican con la otra parte
I resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte
Iba con un baston corto en la mano.»

A nuestro entender es esta la época verdadera de la eleccion de Caupolican. El asalto al fuerte de Penco o San Luis fué llevado a cabo por los indios comarcanos: los verdaderos araucanos se aprestaban entónces para resistir al invasor; pero no es probable que en pleno invierno iniciasen la movilizacion de sus fuerzas ni ménos que rompiesen las hostilidades; siendo esto así, es lójica la prescindencia de Caupolican en el asalto mencionado; haberlo hecho intervenir allí en calidad de jefe habria sido ya un hecho históricamente falso, i aunque redundase en desmedro de su héroe respetó Ercilla la verdad.

A idéntica razon hubo de obedecer el poeta cuando de nuevo omite su nombre en la batalla de Biobío. Solo despues de terminada la accion, cuando ya Galvarino horriblemente mutilado vuelve al campo de los suyos encontramos a Caupolican:

Galvarino «aunque herido i desangrado,
tanto el coraje i rabia le inducia,
que llegó a Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.»

Canto XXIII.

Se aproxima el instante en que Caupolican debe entrar realmente en accion i desde ese momento ya la historia de Chile i *La Araucana* concordarán en los hechos del caudillo araucano.

Refiere Ercilla el desafío de Caupolican a don García, poniendo en los labios de su representante un hermoso reto que comienza así:

¡Oh capitan cristiano! si ambicioso
eres de honor, con título adquirido,
al oportuno tiempo venturoso
tu próspera fortuna te ha traido:
que el gran Caupolican deseoso
de probar tu valor encarecido,
si tal virtud en tí se halla
pide de solo a solo la batalla.

CANTO XXV.

Consta la verdad del hecho en una carta de Don García de de Mendoza: «están tan emperrados con este mal indio de Caupolican, que otro dia me envió a decir que aunque fuese con tres indios me habia de matar; *i aun desafiándome en forma como si fuera hombre de gran punto*» (1). El único desacuerdo en ambas relaciones consiste en la fecha del desafío: Ercilla lo fija en la víspera de la batalla de Millarapue i Don García el dia siguiente de esa accion.

Caupolican gozaba de gran prestijio entre los suyos: escribe a este respecto Don García, para demostrar cuán soberbios estaban los indios i cuántas esperanzas cifraban en su jeneral: «me decian que no querian venir de paz, hasta ver cómo me iba con Capolican, que tenia mucha jente i habia muerto el Gobernador pasado i tambien me habia de matar a mí» (2).

(1) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, tomo XXVIII, pájs. 147 i 148.—Carta de Don García, dc (21) 24 de Enero de 1558.

(2) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*. tomo XXVIII, pájs. 147 i 148.— Carta de Don García, de (21) 24 de Enero de 1558.

La parte final de este párrafo nos sujiere dos preguntas: ¿no seria Caupolican el verdadero matador de Valdivia, aquel que descargó sobre el Gobernador el golpe de maza cuando se trataba de perdonarle la vida? ¿No seria esa afirmacion la que indujo a Ercilla a presumir la jefatura de Caupolican o por lo menos la que sirvió de base para finjirla en el poema?

Inútiles requerimientos de paz hizo Don García: «enviaron muchas veces a decir por otros caciques i los capitanes dellos, que eran un Capulican i Cancomangue (Caniomangue), indios mui belicosos, desasosegados i crueles, con sus indios, que me diese priesa a ir donde ellos estaban, porque me querian comer a mí i toda la jente que llevaba, i que si me tardaba, que ellos me vernian a buscar» (1); «envióme a decir el Capulican, añade Don García, que él habia comido al Gobernador i a los demas cristianos i que así haria a nosotros otro dia por la mañana» (2).

Los párrafos trascritos demostrarian ya no solo la participacion activa de Caupolican, sino el carácter que investia en esos dias.

No es estraño, pues, que en la batalla de Millarapue, posterior a tales bravatas, coloque Ercilla a Caupolican en lugar preeminente.

Comienza la refriega con una furiosa carga de caballería contra el escuadron indíjena mas próximo:

«Pero Caupolican, que gobernando
iba aquel escuadron algo delante,
el paso hasta su jente retirando
hizo calar las picas a un instante:
donde los pies i brazos afirmando
en las agudas puntas de diamante
reciben el furor i encuentro estraño,
haciendo en los primeros mucho daño.»
. . . .

(1) i (2) Medina (J. T.), *Docs. Inéds.*, tomo XXVIII, pájs. 147 i 148.

«El bravo jeneral Caupolicano
rota la pica de la maza afierra,
i a la derecha i a la izquierda mano
hiere, destroza, mata i echa a tierra:
hallándose mui junto a Berzocano,
los dientes i el furioso puño cierra
descargándole encima tal puñada,
que le abolla en los cascos la celada.»

....

«Tras éste otro derriba, i otro mata
que fué por su desdicha el mas vecino,
abre, destroza, rompe i desbarata,
haciendo llano el áspero camino:
i al yanacona Tambo así arrebata,
que como halcon al pollo, o palomino,
sin poderle valer los mas cercanos,
le ahoga i despedaza entre las manos.»

Canto XXV.

La victoria comienza a decidirse a favor de los castellanos.

«Pero la parte que a la izquierda mano
la batalla primero habia trabado,
donde por su valor Caupolicano,
contrastaba al furor del duro hado:
a pura fuerza el escuadron cristiano
del contrario teson sobrepujado,
comenzó poco a poco a perder tierra,
hácia la espesa falda de la sierra.»

Canto XXV.

A pesar de su heroismo los araucanos fueron derrotados. Si la presencia de Caupolican en Millarapue es indiscutible, no lo es la participacion que le cupo en la batalla misma.

Segun Góngora Marmolejo, el mas fidedigno de los cronistas, Caupolican llegó tarde i casi no tomó parte en la accion por causa ajena a su voluntad. Para desenvolver su plan de batalla dividió Caupolican su ejército en tres escuadrones; dos a cargo de sus mejores capitanes atacarian por el frente, él con el tercero marcharia a tomar al enemigo por la espalda. Cuando efectuaba la maniobra al lucir el alba del 30 de Noviembre, comenzaron en el campo español a celebrar con salvas el dia de San Andres, onomástico del Virrei, padre de don García; los indios por su parte creyéndose descubiertos procedieron al ataque sin dar tiempo a Caupolican para realizar su movimiento. Esta versión, si bien, quita a Caupolican cuanto le atribuye Ercilla, justifica el prestijio de hábil capitan i la confianza que depositaban en él sus soldados; si consigue atacar simultáneamente a los españoles por el frente i la espalda la situacion de éstos habria sido diversa, i si sangrienta fué la batalla lo habria sido mucho mas i quizá mui diverso tambien el resultado.

Con todo, ese fué el dia de esplendor para Caupolican. Su figura, no obstante los potentes esfuerzos de Ercilla decae rápidamente. Libróse poco despues otra accion en la quebrada de Puren, en donde tampoco consta su presencia.

Convoca luego Caupolican una cuarta junta de guerra i sostiene en ella la necesidad de proseguir la contienda hasta triunfar o morir:

«Conviene (dice) ¡oh gran Senado relijioso!
que vencer o morir determinemos
i en solo nuestro brazo valeroso,
como último remedio confiemos.
las casas, ropa i mueble infrutuoso,
que al descanso nos llaman abrasemos,
que habiendo de morir todo nos sobra
i todo con vencer despues se cobra.»

. . . .

«Así que en esta guerra tan reñida,

quien pretende descanso, como digo,
piense que no hai mas honra, hacienda i vida
de aquella que quitare al enemigo:
que la virtud del brazo conocida,
será el rescate i verdadero amigo
pues no ha de haber partido, ni concierto
sino solo matar o quedar muerto.»

CANTO XXIX.

La junta terminó con un combate singular entre Tucapel i Rengo, largo tiempo concertado, dirijido por Caupolican.

La insignificancia de la vida de Caupolican es reconocida por el mismo Ercilla:

«El Araucano ejército entendiendo
que su próspera suerte declinaba,
i que Caupolican iba perdiendo
la gran figura en que primero estaba:
en secretos concilios discurriendo,
del capitan ya odioso murmuraba,
diciendo que la guerra iba a lo largo
por conservar la dignidad del cargo.»

CANTO XXX.

En efecto, si descontamos su desairada actuacion en Tucapel i su presencia dudosa en la batalla de Millarapue, su vida militar desaparece. Por mas que haya varias razones de otro jénero para justificar el fracaso de Caupolican, es innegable que los indios tenian motivo suficiente para manifestarse descontentos.

Para recobrar su crédito era indispensable a Caupolican ganar una accion de importancia. Convocó de nuevo a otra junta de guerra i en ella propuso la destruccion del fuerte de Tucapel, recientemente levantado i a la sazon mal guarnecido.

pues Don García, llevando los mejores soldados, habia partido a la Imperial. Acojida la idea, envió Caupolican a un astuto indio nombrado Pran, con el fin de atraer con promesas a algunos de los indios al servicio de los españoles en el fuerte. Pran creyó haber encontrado en Andresillo al indio buscado; púsole en relacion con Caupolican i quedó concertado el plan: a la hora de la siesta abriria las puertas del fuerte; entrarian así los indios libremente i matarian a mansalva a los españoles, desarmados i entregados al sueño en esos momentos. De nuevo, como en el primer asalto a Tucapel, el éxito dependia de una traicion; pero Andresillo no traicionó a los españoles sino a Caupolican; i la sorpresa terminó con una horrorosa carnicería.

Veamos ahora como hace juzgar Ercilla a los araucanos este plan de Caupolican:

«Muchos habrá de preguntar ganosos,
en el monton i número de jente.
algunos de los indios valerosos,
fueron muertos allí confusamente:
pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello i Tucapel valiente,
iban delante en la primera hilera
abriendo siempre el paso i la carrera.»

«Respondo a esto, que no venia
capitan ni cacique señalado,
visto que el jeneral usado habia
de fraude i trato entre ellos reprobado:
diciendo ser vileza i cobardía
tomar al enemigo descuidado,
i victoria sin gloria i alabanza
la que por bajo término se alcanza.»

«Así que una arrogancia jenerosa
los escapó del trance i muerte cruda

que ninguno por ruego, ni otra cosa,
quiso en ello venir, ni dar ayuda:
teniendo por hazaña vergonzosa
vencer jente sin armas i desnuda,
que el peligro en la guerra es el que honra
i el que vence sin él vence sin honra.»

CANTO XXXII.

La acerba censura que encierran estas estrofas hacen superfluos nuevos comentarios.

Destrozadas sus huestes, Caupolican ordenó la disolucion total del ejército i él, perseguido tenazmente, huyó a buscar refujio en un oculto i apartado sitio. La traicion de uno de los suyos descubrió su paradero al jefe español de Tucapel. Al ver llegar a los perseguidores Caupolican pretende resistir, pero herido en un brazo, i

«Visto el remedio, i la defensa incierta
amonestó a los suyos que se diesen
i en ninguna manera resistiesen.»

CANTO XXXIII.

La conducta de Caupolican no tiene nada de heroico, es indigna del héroe; con razon, pues, le apostrofa Fresia en estos términos:

«¿Eres tú aquel varon, que en pocos dias
hinchó la redondez de sus hazañas?
¿qué con solo la voz temblar hacías
las remotas naciones mas estremas?
¿eres tú el Capitan, que prometias
de conquistar en breve las Españas?
¿i someter el antártico hemisferio
al yugo i lei del Araucano imperio?»
. . . .

«Dime ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
para triunfar de la mudable Diosa?
¿no sabes que breve muerte honrada
hace inmortal la vida i mas gloriosa?».

Canto XXXIII.

Prisionero ya, concreta sus esfuerzos a salvar la vida, finjiendo ser un indio vulgar, primero; con promesas, cuando hubo de confesar su nombre. En vano Ercilla procura mantener el interes por el héroe, poniendo en sus labios brillantes palabras:

«Soi quien mató a Valdivia en Tucapelo,
i quien dejó a Puren desmantelado:
soi el que puso a Penco por el suelo,
i el que tantas batallas ha ganado:
pero el revuelto ya contrario cielo,
de victorias i triunfos rodeado,
me ponen a tus pies a que te pida
por un mui breve término la vida.»

Canto XXXIII.

Para conmover a Reinoso invoca a la clemencia, habla de su desdicha, de la grandeza del perdon, del peligro que ofrece la venganza i, finalmente, promete el sometimiento de su pueblo al monarca español. Inflexible Reinoso le condena a un bárbaro suplicio. En ese momento supremo Caupolican abraza la fe cristiana, muere como creyente. Verdadera o falsa, esta version mui apropiada para halagar el sentimiento relijioso de la época, no se aviene con la ruda fiereza i el odio anidados en el corazon de un jefe bárbaro i cruel: la conversion de Caupolican debió ser para los araucanos ignominiosa muestra de flaqueza i muchos españoles no verian en ella sino la postrer tentativa de salvacion.

¡Cuán diversa fué la muerte de Lautaro! Caupolican se entrega sin resistencia e implora la piedad del enemigo; Lautaro i los suyos cumpliendo el juramento solemne de *triunfar o morir*, caen unos tras otros cubriendo de cadáveres el campo de batalla i de gloria sus banderas. Sordos a las voces de perdon, sin dar ni admitir cuartel, murieron como héroes Lautaro, dieciocho capitanes i seiscientos cuarenta i cinco escojidos entre los mas valientes araucanos, dejando una divisa i un ejemplo que siempre há seguido el ejército chileno.

Cuánto a Caupolican, bien podrian servirle de epitafio estas palabras con que el propio Ercilla anuncia su muerte, «murió de miserable muerte aunque con ánimo esforzado» (1).

(1) Sumario del canto XXXIV.



CAPITULO VII

CAUPOLICAN I LAUTARO ANTE LA HISTORIA

Desprendida de la trama del poema, la figura de Lautaro conserva, como se ha visto, todo su valor; la de Caupolican por el contrario se desvanece si le quitamos la fraseolojía que le supone Ercilla i constituye puede decirse su personalidad. Esta conclusion basta para demostrar que fué creacion suya; pero es en la gran figura histórica de Lautaro, donde se encuentra la mejor prueba de la ficcion poética de Ercilla, tan hábilmente destacada en su obra que, durante siglos, no despertó sospechas de su autenticidad.

Como hemos dicho, nos parece indiscutible que Ercilla pretendió hacer revivir a Lautaro, suponiéndole a Caupolican la mentalidad i fisonomía moral del famoso caudillo araucano.

En efecto, a la luz de la historia, solo hai pocos detalles comprobados de la vida de Caupolican: el reto a Don García; su presencia en la batalla de Millarapue i en el asalto de Tucapel; que era un indio mui belicoso, desasosegado i cruel, que decia haber muerto i comido al gobernador Valdivia i finalmente, que los indios cifraron durante algun

tiempo grandes esperanzan en él (1). Podríase aceptar todavía que fué un indio principal, señor de Pilmaiquen, valiente i membrudo i que murió empalado por órden de Reinoso, noticias estampadas en su historia por Góngora Marmolejo, contemporáneo de Ercilla i asimismo mui fidedigno, pero que pudo mui bien aceptar la version de *La Araucana.*

No consta hazaña alguna de Caupolican, ni siquiera el dato, importantísimo era este caso, de si fué jeneral de los araucanos. Al contrario Góngora Marmolejo, cuyo testimonio, como hemos dicho, es mui digno de confianza, contradice abiertamente a Ercilla. Caupolican, segun Góngora, solo fué indio principal, señor de Pilmaiquen, i que dirijió el asalto al fuerte de Tucapel; nada dice de su jefatura, pero añade: «Este es aquel Queupolican que don Alonso de Ercilla en su *Araucana* tanto levanta sus cosas».

Hace apénas tres años el distinguidísimo historiador nacional señor don Crescente Errázuriz analizando la vida de Caupolican, demostró la ficcion de Ercilla i aun puso en duda no solo la jefatura sino hasta la prision i muerte de Caupolican (2). En resúmen, el señor Errázuriz fundó su opinion en las siguientes razones: 1.° no consta la jefatura de Caupolican; 2.° en una encomienda de indios concedida a Alonso de Reinoso por el gobernador Villagra se enumeran los servicios prestados por él en la sustentacion del fuerte de Tucapel que tuvo a su cargo en 1558 i no se menciona la prision de Caupolican, de tanta importancia si hubiera sido el jeneral de los indios; i 3.° en cartas escritas en el mismo año de 1558 refieren los cabildos de la Imperial i de

---

(1) Medina (J. T.,) *Docs. Inéds.*, tomo XXVIII, pájs. 147 148, carta de don García Hurtado de Mendoza, 24 de Enero de 1558. La presencia de Caupolican en Tucapel la menciona Juan Ruiz de Leon en su informacion de servicios rendida en 1575 i confirman su afirmacion dos testigos, Francisco de Tapia i Juan Garces de Bobadilla. *Docs. Inéds* XXIII pájs. 375, 386 i 391.

(2) *Historia de Chile, Pedro de Valdivia,* tomo II, pájs. 559 a 563, nota.

Cañete el asalto a Tucapel i tampoco hablan de la prision i muerte de Caupolican i ni siquiera la mencionan.

Reconociendo todo el valor de las objeciones apuntadas no nos atrevemos a negar la jefatura de Caupolican. Nos mueven a vacilar en este punto reflexiones que por lo menos permiten presumir lo contrario; son estas:

1.º Muerto Lautaro han debido los araucanos segun la costumbre elejirle sucesor.

2.º Si bien no consta la eleccion de Caupolican, era él por lo menos el hombre en quien los indios cifraban sus esperanzas «no querian venir de paz hasta no ver como me iba con Caupolican» dice don García, i continúa «están tan emperrados con este mal indio de Capulican...» «enviaron a decir el Capulican que él habia comido al gobernador i a los demas i que así lo haria a nosotros otro dia por la mañana» frases que a nuestro entender hacen recaer en él la responsabilidad i el éxito de la guerra.

3.º Ademas consta su actuacion principal en Millarapue i se le reconoce por jefe en la de Tucapel.

4.º Don García dice que «los capitanes, dellos (los indios), que eran un Capulican i Cancomangue» (Caniomangue o Canumangue) le invitaron a presentar batalla i que si tardaba ellos le irian a buscar.

Tal recado envuelve la jefatura en quienes lo enviaban. Se desprende ademas que habia dos jefes de importancia i ello es lo probable: Caniomangue, cacique de un pueblo cercano a Concepcion debia ser el jefe de los indios del norte de Bio-Bío, que despues de fracasar en el asalto al fuerte de Penco marcharian a juntarse con los araucanos; Caupolican habria sido el jefe de los indios del Estado, como que era el señor de Pilmaiquen en la jurisdiccion de Arauco. Pero la mayor jerarquía de este último fluye de las otras citas contenidas en la carta referida de Don García de Mendoza.

5.º El silencio guardado por los Cabildos i por Villagra, en la merced a Reinoso podria quizas esplicarse por la ninguna importancia real de la vida militar de Caupolican i porque

el suplicio a que le condenó Reinoso pudo merecer la reprobacion de muchos de sus compañeros i mui probablemente de Francisco de Villagra, poco inclinado a medidas tan rigurosas.

Si tan solo por conjeturas podemos suponer el mando de Caupolican se verá cuan difícil seria demostrar si tuvo o nó las dotes que le atribuye Ercilla. A las alabanzas de Ercilla solo podemos contestar *obras son amores i no buenas razones*, ¿cómo esplicar el silencio unánime de los testigos de sus hazañas miéntras para Lautaro tienen centenares de frases de elojio i admiracion?

El contraste tan notable entre la insignificancia de Caupolican al lado de la figura imponente de Lautaro a quien reconocen unánimemente los españoles las dotes que le atribuye Ercilla a aquel, demuestra a nuestro entender la existencia de dos personalidades refundidas en el héroe de *La Araucana.*

Así, miéntras solo por deducciones puede inferirse la jefatura de Caupolican para la última parte del período en que como tal figura en *La Araucana*, hai ciento o mas citas en que se menciona a Lautaro como caudillo (1) capitan (2), capitan jeneral (3), capitan jeneral de las provincias de Arauco (4), jeneral de toda la tierra (5), el principal capitan i jeneral (6), en toda la tierra no se hacia mas que lo que Lautaro mandaba (7), i toda la tierra de Arauco i otras partes le obedecian principalmente (8).

(1) MEDINA, (J. T.), *Docs. Inéds.*, tomo XXI, páj. 408.—(2) XI, 204, 211, 225, 504; XIV, 149, 179, 174, 182, 192, 199, 201, 206, 241, 252, 257; XXI, 30, 82, 93, 117, 118, 141, 145, 152, 173, 174, 367, 368, 435, 436, 521, 523, 556, 557; XXII, 111, 113, 156, 158, 193, 224, 225, 293, 400, 401, 463, 464, 503, 504, 529, 532, 550, 564, 594, 600, 638, 639; XXIII, 383, 384, 388, 389.—(3) XI, 192, 421; XIV, 174, 199; XVII, 77; XXI, 119, 140, 141, 154, 229, 368, 398; XXII, 113, 158, 170, 193, 226, 249, 386, 400, 430, 565; XXIII, 375.—(4) XI, 188, 192, 218, 449, 471, 486, 518, 527; XIV, 161.—(5) XXI, 173; XXII, 481.—(6) XXI, 398, 558.—(7) XXII, 386.—(8) XXI, 558.

Existe pues, prueba plena de este punto.

Afirman tambien que fué el instigador de la sublevacion, quien avivó el espíritu de independencia i promovió el alzamiento de los indios del centro de Chile: fué «causa principal de alborotar» (1), inquietar (2), desasosegar (3), i alterar los naturales (4). Añaden los testigos: «fué causa principal de levantar i alborotar toda la tierra» (5), de alzar i rebelar «toda la provincia de Chile» (6), i promotor «de todas las guerras atras» (7).

Asimismo era público i notorio haberse hallado por «capitan jeneral en la muerte del gobernador Valdivia» (8) el principal (9) o principal autor de su muerte (10) i por último, haber sido quien le mató (11); como asimismo haber sido jeneral en Marihueñu, en el saqueo de Concepcion i en la batalla que precedió a la segunda destruccion de la ciudad en 1555 (12).

Como se ve, los testigos señalan actos concretos para probar la jefatura de Lautaro.

Cundió su fama i deseosos de sublevarse los indios del centro del pais le enviaron a llamar (13). Vino como mas «belicoso, *que estaba al presente fecho señor*, i teniendo en poco» a los españoles i a Villagra; segun a grandes voces decian los indios (14). Habia sacado de «Arauco, Tucapel, Colocolo i todo el Estado los mas señalados caciques e indios mas principales» nombrados, señalados i enviados a buscar por él i desechado a los que no eran tales (15) reunió así «quinientos indios los mas valientes escojidos todos ellos, hijos de caciques» (16), i «los mas belicosos que halló» (17).

---

(1) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds*, tomo XXI, 368, 436, 524; XXII, 193, 464.—(2) XXI, 141.—(3) XXI, 145 —(4) XXI, 152, 174, 398.—(5) XXI, 119; XXII, 507.—(6) XXI, 119.—(7) XXII, 401, (8) XXI, pájs. 141, 411 i 523.— (9) XXI, 119, 368, 436; XXII, 95, 113, 158, 193, 225, 249, 386, 401, 464, 503, 505, 507, 565 i 585.—(10) XXII, 481.—(11) XXII, 386. —(12) XIV, 173; XXI, 523 i 558; XXII, 504 i 508.—(13) XXI, 77 i 97.—(14) XXI, 77.—(15) XXII, 507.—(16) XXI, 77.—(17) XXII, 638.

Parece claro que Lautaro procedió por propia autoridad con una independencia incompatible con el carácter de teniente de Caupolican que le atribuye Ercilla.

Seguiremos la biografía de Lautaro con solo frases tomadas a quienes le conocieron: «era el mas tenido i estimado i diestro capitan» (1); «público i notorio que daba aviso a los indios como habian de pelear» (2); «traia consigo una trompeta de cristianos de las que tomó al dicho gobernador Valdivia i solo él sabia tocar i tocaba todas las veces que mandaba arremeter i cerrar los indios i lo hacian así» (3); «traia grandes ardides de guerra» (4); «tenia la costumbre donde quiera que llegase hacer luego un fuerte» (5); «cuando fué sorprendido por Villagra estaba levantando uno en una ciénaga «con andenes i palizadas para pelear» (6) i si hubiera alcanzado a terminarlo «fuera cosa imposible rompello i peligrara mucha jente» (7); por fin «los indios no hacian mas que lo que Lautaro les mandaba (8) i en él cifraban todas sus esperanzas» (9).

Lautaro era cual Ercilla describe Caupolican «de muy grandes fuerzas» (10), o «de muy grandes fuerzas i ardides» (11), «inquieto» (12), «belicoso» (13), «mui belicoso» (14), «belicosísimo» (15), «el mas belicoso que habia en la tierra» (16), «mui belicoso i el que mas daño hacia» (17), el mas belicoso e valiente indio e capitan que jamas ha oido» (18), «mui valiente» (19), «de mucho ánimo» (20), «mui animoso» (21), «que acaudillaba i

(1) Medina (J. T.), *Docs. Inéds*, tomo XXII, 508.—(2), XXII, 249.—(3) XXII, 508.—(4) XXII, 95, 285, 293, 597 i 600.—(5) XXI, 367.—(6) XIV, 161.—(7) XXI, 523.—(8) XXII, 386.—(9) XXII, 113, 158, 170, 193, 226, 249, 386, 482, i 565.—(10) XXI, 368, 558; XXII, 113, 158, 170, 193 i 507.—(11) XXI, 119, 523; XXII, 170, 225 i 256.—(12) XXI, 141.—(13) XXI, 141, 173, 556; XXII, 95, 113, 120, 225, 600, 639.—(14) XXI, 145, 152, 174, 368, 397, 398, 411, 436, 523, 558; XXII, 193, 249, 285, 293, 295, 400, 429, 507, 585; XI, 471; XIV, 192, 199.—(15) XXI, 117 i 119; XXII, 401 i 464.—(16) XXI, 408.—(17) XXII, 429 i 430.—(18) XIV, 182.—(19) XXI, 145; XXII, 482.—(20) XXI, 558.—(21) XXII, 158.

animaba mui valerosamente» (1), «gran guerrero» (2), diestro capitan» (3), «diestro en la guerra» (4), «mui diestro» (5), «tan ardid» (6), «mui ardid en gran manera» (7), diestro en ardides de guerra» (8), «mui avisado en las cosas de la guerra» (9), «hacia mucho mal» (10), «grandes daños» (11), «mui grandes daños» (12); «era quien mas daños hacia en la tierra» (13). Si no le hubieran muerto «hubiera puesto en desasosiego la tierra» (14), «como lo ha hecho siempre» (15), «nunca estuviera la tierra quieta» (16), «destruyera i despoblara las ciudades» (17), «e aun llegara a la ciudad de Santiago» (18), i «la echara.... por el suelo» (19), «i se perdiera la tierra» (20), «con su muerte se apaciguó» (21), por cuya razón «matarle fué señaladísimo servicio» (22), «cosa mui principal i señalada e tanto como la que mas e que ninguna se ha hecho mas en esta tierra» (23).

Los españoles no economizaban los superlativos al recordar las dotes i hechos de Lautaro; su semejanza con la creacion de Ercilla no puede ser mas patente, ¿cómo se podria esplicar entonces que mientras los testigos oculares estimaban la muerte de Lautaro como el mayor de los servicios prestados en Chile al rei i a la colonia, olviden a Caupolican hasta el punto de no mencionar siquiera su muerte? ¿Habria sucedido tal cosa si Lautaro hubiera tenido un jefe digno émulo suyo?

Todavía, hai rasgos de Caupolican que indiscutiblemente poseia Lautaro: su orgullo, sus proyectos, el temor que inspiraba a los indios, su rigor i crueldad. Consta que su «avilantez» creció con la muerte de Valdivia, (24) que se habia «fecho señor» (25) i se hacia llamar «señoría» (26), pretendia no solo echar a Francisco de Villagra de Santiago sino «ir tras

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, XXI, 558.—(2) XI, 471; XXI, 199.—(3) XXI, 141, 145.—(4) XXI, 117, 152; XXII, 400.—(5) XXI, 141, 154, 173, 556.—(6) XXI, 368.—(7) XXI, 558.—(8) XXII, 158.—(9) XXII, 482.—(10) XXI, 152.—(11) XXI, 229.—(12) XXI, 119.—(13) XXI, 117.—(14) XXI, 174.—(15) XXI, 154.—(16) XXI, 141 i 154.—(17) XXI, 154.—(18) XXI, 368.—(19) XXII, 481.—(20) XXI, 119.—(21) XXI, 153.—(22) XXI, 119.—(23) XXI, 368.—(24) XXII, 565.—(25) XXI, 77.—(26) XXII, 481.

de él hasta el Cuzco e hasta Castilla» (1), no dejar cristiano vivo e «ir tras ellos hasta Castilla porque no sabian sino huir» (2).

Respecto a estas palabras debemos recordar que Ercilla las pone en los labios de Lautaro conforme a la verdad, pero supone iguales pensamientos a Caupolican:

«Seguiré vuestro bando, i el derecho
que teneis de ganar la fuerte España»

Canto....

dice a sus soldados en una ocasion i Fresia le enrostra mas tarde

«Eres tú el capitan, que prometias
de conquistar en breve las Españas?»

Canto....

Proseguimos. Lautaro «amenazaba a los indios para que le sirviesen» (3); «era mui temido i obedecido de todos los indios (4); «le tenian mas miedo a Lautaro que a los cristianos» (5) «por las grandes crueldades i muertes que hacia a los indios que no querian ser de su opinion» (6); «los quemaba i hacia grandes crueldades» (7); «despedazaba a los caciques» (8); «quemaba, mataba i hacia grandes crueldades con los indios» (9). Cuando vino sobre Santiago entró en su jurisdiccion a sangre i fuego «matando a los naturales» (10); «quemando los pueblos, robando comidas i matando los caciques» (11) i al que no le obedecia «le mataba i comia» (12).

---

(1) Medina (J. T.), *Docs. Inéds,* XXI, 16.—(2) XXI, 45 i 54.—(3) XXI, 140.—(4) XXI, 411.—(5) XXI, 524.—(6) XXII, 249.—(7) XXII, 503.—(8) XXII, 530.—(9) XXII, 481 i 503.—(10) XXII, 158, 170, 192, 462, 529 —(11) XXI, 524.—(12) XXI, 558.

Tocante a las crueldades de Lautaro abundan los detalles, pero solo recordaremos dos de mayor importancia. Juan Jufré, dice que a él le quemó un cacique i mató trece indios principales i otros cuarenta i seis de su encomienda (1). Alonso de Escobar recuerda que cuando Juan Godinez salió a campaña se le presentó en el asiento de Guaiquila un cacique a quien Lautaro le habia descuartizado a su padre el dia ántes e instigado por la venganza ofrecióse servirle de espía i en efecto prestó útiles servicios (2).

Probada la crueldad de Lautaro, a quien, como se ha visto, temian los indios mas que a los españoles, parece obvio deducir que ella sirviera a Ercilla para describir la muerte de Caupolican, ante cuyo cadáver temblaban aun los indios; ¡tanto era el temor que les inspiraba su presencia!

Aun cuando no conste en *La Araucana* conviene descontar a las poquísimas noticias conocidas como suyas una que le atribuye Góngora Marmolejo i que no carece de importancia. Segun este cronista, de ordinario mui veraz, Caupolican conducido a presencia de Reinoso le habria prometido entregarle «el espada i celada de Valdivia i *una cadena de oro con un crucifijo, que en su poder tenía que él se lo habia quitado cuando lo mató*». Góngora terminó su historia en diciembre de 1575, dieciocho años despues de la muerte de Caupolican. En cambio, otro contemporáneo suyo, Juan Bautista Maturana en Agosto de 1558, seis meses despues del suplicio de Caupolican, afirma que Lautaro tenia «*un crucifijo de oro del dicho Gobernador* [Valdivia] *con una cadena, que se la habia tomado al tiempo que lo mató*» (3). El testimonio de Maturana es de mucho mayor valor, no solo por ser dado casi a raiz de los sucesos sino porque él mismo se halló presente en la muerte de Lautaro.

Resumiremos este estudio en las siguientes conclusiones:

1.ª Si bien consta la existencia de un jefe araucano llama-

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inéds.*, XXII, 503.—(2) XXII, 530.—(3) XXII, 386.

do Caupolican, faltan en la historia hasta los indicios necesarios para suponer real la importancia que le atribuye Ercilla.

2.ª Las palabras, acciones, rasgos físicos i morales, la jerarquía i otros detalles atribuidos a Caupolican son idénticos a los de Lautaro, comprobados con abundante prueba documental.

3.ª La carencia casi absoluta de noticias acerca de datos referentes a Caupolican i la identidad de los que le atribuye Ercilla con los pertinentes a Lautaro, bastan para sostener que el Caupolican de *La Araucana* fué una creacion de Ercilla con meros fines poéticos.

4.ª Que Ercilla respetó la figura militar de Lautaro, despojándola solo de rasgos secundarios para la historia.

5.ª Que, con tales antecedentes, aun aceptando en lo demas la version de Ercilla, Caupolican habria sido un gran orador, pero a la vez un audaz impostor, ausente en las horas de peligro, pregonero de su valor cuando nada le amenazaba, héroe por mano ajena i siempre presente en cualquier ceremonia, junta, festin o borrachera.

6.ª Forzoso es admitir que un personaje semejante sea el producto híbrido de la historia i la poesía. Animando con el alma de Lautaro a un sér imajinario, pudo crear Ercilla un héroe para su poema; pero como ese sér debia representar al jefe de Arauco, a Caupolican; hubo, pues, de llevar su nombre.

Tal es el oríjen del Caupolican de Ercilla i por tal razon, quitándole cuanto pertenece a Lautaro, queda el héroe convertido en una figura ridícula e impropia del poema.

(*Continuará*).
